

La cantante calva y otras mujeres



Aurora Guerra Tapia
Profesora titular
de Dermatología.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de la Sección
de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid

*Per signa corporis nobis nota
sillogizamus dispositionem
animae nobis ignotam.*

O lo que es lo mismo: Aristóteles entiende que el aspecto físico conforma silogismos que nos permiten conocer el interior del ser humano. En ese retrato del alma y el cuerpo a través de la fisionomía, el cabello es uno de los protagonistas sustanciales. Las virtudes y los defectos se enredan entre sus fibras con un determinismo casi despótico. Virilidad, valor, juventud, fuerza, nobleza, si se posee en abundancia. Cobardía, lujuria, avaricia, mentira, si se ha perdido el volumen y la densidad deseada.

Así ocurre que el poeta anónimo, el cantor de gestas y tradiciones del medievo, siente, ante la falta de pelo, una curiosa nostalgia que evoca aquello de «cualquier tiempo pasado fue mejor».

*Eran los hombres lanudos;
ya son como perros chinos.
Zamarro fue Montesinos
el Cid, Bernardo y Roldán...*

En el arte —en la literatura, pintura, escultura, fotografía, incluso o sobre todo en el cine—, el varón señalado por ser peludo o calvo aparece por doquier con todas las implicaciones simbólicas que persigamos escudriñar. Pero, ¿qué pasa con la mujer alopecica?

Intente el lector recordar obras artísticas en las que la mujer aparezca con tal condición. Las hay, es cierto, pero con mucha menor profusión que en el caso del sexo opuesto.

Quizá la más famosa de todas, la que viene a la memoria con mayor fluidez, sea la que aparece en el título de la obra de ficción *La cantante calva*. El padre del teatro del absurdo, Eugene Ionesco (Slatina, Rumanía, 1912 - París, 1994), estaba intentando aprender inglés por un conocido método de enseñanza a distancia. Perplejo por los raros y absurdos diálogos, aquellos del *my tailor is rich*, decidió escribir, en francés, una obra un tanto incoherente, titulada *L'anglais sains peine* («el inglés sin esfuerzo»). Pero en los ensayos, un actor que representaba a un bombero y tenía un texto muy largo se equivocó. En lugar de «institutriz rubia» (*institutrice blonde*), dijo *cantatrice chauve*, «cantante calva». En ese instante, Ionesco encontró suficiente motivo para llamar a su obra *La cantante calva*, que es el personaje femenino calvo, sin serlo, ya que no aparece en la obra ninguna mujer ni cantante ni calva, más conocido de la historia de la literatura.

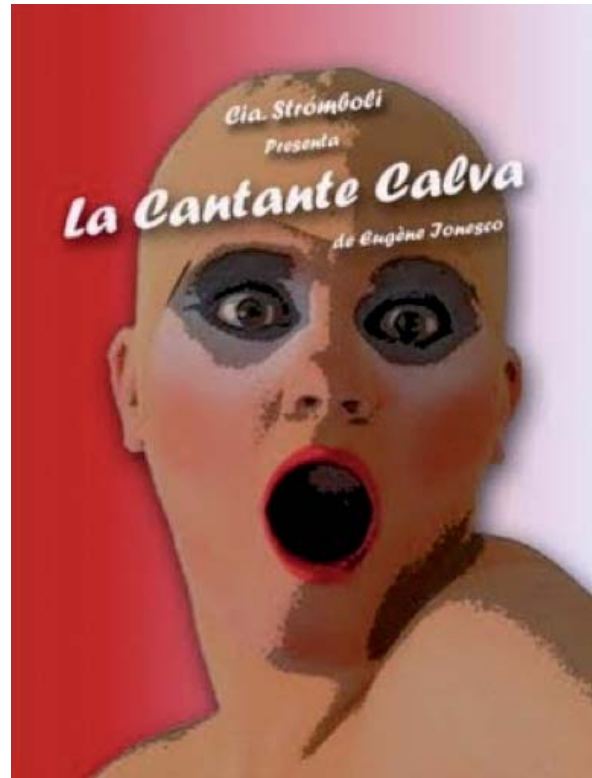
En la pintura, no sería difícil mencionar, como ejemplo de la imagen de alopecia real de la mujer, el *Retrato de María Ruthven*, firmado por Anton van Dyck (Amberes 1599 - Londres 1641), que se puede admirar en el Museo del Prado de Madrid¹, o el *Retrato femenino de Ludolf* de Jongh

(Rotterdam 1616-1679), expuesto en el Museo Lázaro Galdiano, también de Madrid². Ambas féminas muestran una alopecia de patrón femenino o androgenética de grado leve-moderado, disimulada con delicadeza y tocados de lazos y encajes.

Fácil también es recordar los intensos síndromes de androgenización, evidenciados en los testimonios pictóricos de hechos extraordinarios y veraces tan de moda en la época, ocurridos a Brígida del Río, *La barbuda de Peñaranda* (Juan Sánchez Cotán, Orgaz 1560 - Granada 1627), expuesto en el Prado³, o a *La mujer barbuda* de José de Ribera, El Españolito (Játiva 1591 - Nápoles 1652) en el Hospital de Tavera (Toledo)⁴. A esta última, Magdalena Ventura, «le había crecido una barba tan larga y espesa que se parecía más a un hombre barbudo que a una mujer» a la edad de 37 años. Su calvicie era al menos tan intensa como la de su marido, Felici de Amici, también retratado en el lienzo.

Más simbólico es el *Autorretrato con pelo cortado*⁵ de la mejicana Frida Kahlo (Coyoacán 1907-1954), donde aparece sin su abundante cabellera, que se ha cortado exageradamente «...para acabar con la imagen de mujer que Diego Rivera adoraba». Falsa alopecia simulada por desamor.

Si en Frida hay rebeldía, en Liu Fei, pintor del realismo socialista contemporáneo, hay conformismo. O tal vez un conformismo enmascarado, oculto en sus bailarinas calvas que a menudo sostienen pistolas y que son modelos elegidas entre los miembros del ballet de la Revolución Cultural. En opinión del crítico Jonathan Goodman, «las cabezas calvas nos alejan de su atractivo. La uniformidad de sus sonrisas indica una igualdad fruto del conformismo y no de la felicidad genuina»⁶.



Uno de los carteles anunciadores de la obra de teatro de Ionesco *La cantante calva*.

El escultor Henry Moore (Castleford 1898 - Much Hadham 1986) encuentra en la alopecia de la mujer un paralelismo telúrico⁷. Talla figuras de mujeres calvas de cabeza pequeña y cuerpos imponentes y deformados, que recuerdan a las diosas de la tierra del Paleolítico. Sus curvas sugieren colinas o piedras, intentando representar el enlace entre el paisaje y el cuerpo, entre la naturaleza y la humanidad. Una sublimación de un estigma.

¹ <http://www.artehistoria.jcyl.es/genios/cuadros/1214.htm>

² http://www.flg.es/HTML/Obras_5/RetratodeDama_5139.htm

³ <http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line/galeria-on-line/obra/brigida-del-rio-la-barbuda-de-penaranda/>

⁴ <http://es.fundacionmedinaceli.org/coleccion/fichaobra.aspx?id=378>

⁵ <http://es.wahooart.com/A55A04/w.nsf/Opra/BRUE-8CEFFX>

⁶ <http://www.fronterad.com/?q=node/3276>

⁷ <http://www.3dlibre.com/foro/viewtopic.php?f=14&t=1603>

Dice Susan Sontag (Nueva York 1933 - 2004) en su ensayo *Ante el dolor de los demás* que la fotografía puede ser sin más un documento, cuando es una representación de lo que ocurre, o una obra de arte cuando interpreta —a veces solo con encuadrar y excluir lo no encuadrado— lo que está ocurriendo. Esta última opción es la que consigue Annie Leibovitz, fotógrafa de renombre, cuando fotografía a Susan mostrando la alopecia por quimioterapia —defluvio anagénico—, efecto secundario del tratamiento del cáncer de mama⁸. Determinación, aceptación, fuerza y conformidad. Todo eso, en su alopecia.

Pero falta el séptimo arte. El cine. Ocultas por estética o descuido, apenas encontramos mujeres calvas. Aunque la imagen intuida de la más aristocrática alopecia, tal vez solo un mito, la de Isabel I, reina de Inglaterra, se repite en una amplia filmografía sobre su vida. Desde las actrices Bette Davis, Jean Simmons, Cate Blanchett, Judi Dench y Hellen Mirren hasta el actor Quentin Crisp. Todos ellos vestidos con tocados altivos que dejan ver una frente acaso excesivamente amplia. Alopecia real —alopecia frontal fibrosante— o tal vez solo el fruto de la moda de la época.

Y no podemos olvidarnos de otra aristócrata plebeya, María Antonieta, de la que se ha contado mil veces, de mil formas distintas —en pintura, literatura, grabados, cine— la historia de su misterioso encanecimiento repentino. Dicen que la reina consorte de Francia, María Antonieta de Austria, se despertó el día de su ejecución en la guillotina con el cabello completamente blanco. Pero la verdadera responsable de este supuesto cambio de color fue probablemente una pérdida brusca de cabello, fundamentalmente de los pelos oscuros, dejando la apariencia, al quedar solo los blancos, de un abrupto cambio de color. Esta forma de alopecia areata es lo que se conoce como síndrome de María Antonieta.

Pablo Neruda, hombre enamorado, no encontró en sus poemas inspiración para la calvicie. Pero no importa esta intrusión. Todo vale si es poesía.

*Me falta tiempo para celebrar tus cabellos,
uno por uno debo contarlos y alabarlos.
Otros amantes quieren vivir en ciertos ojos,
yo solo quiero ser tu peluquero.*

⁸ http://es.wikipedia.org/wiki/Susan_Sontag